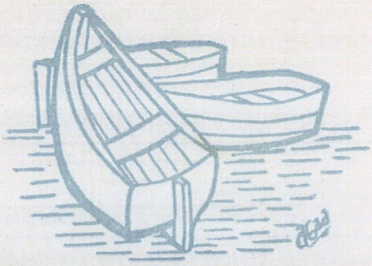
NUMERO 5 DE LA COLECCION «PLIEGO DE POEMAS»

MANUEL ALONSO ALCALDE

ENCUENTRO



EDICIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA

CEUTA, 1965

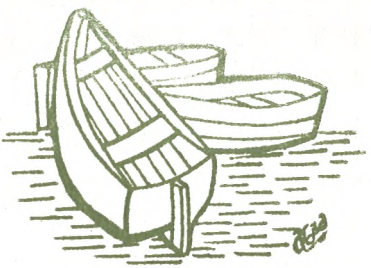
MANUEL ALONSO ALCALDE

ENCUENTRO

NUMERO 5 DE LA COLECCION «PLIEGO DE POEMAS»

MANUEL ALONSO ALCALDE

ENCUENTRO



EDICIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA

CEUTA, 1965

ES PROPIEDAD
DEPOSITO LEGAL: CE. 78 - 1965
R. N. CE. 4969-65

IMP. MODERNA.-VELARDE, 9.-CEUTA

Ya todo es Gracia.

(Bernanos)

PROLOGO

De improviso,
como un golpe de viento que al doblar una esquina nos arrebata de un aletazo el alma
y la lleva rodando, calle adelante, sin esperanza de volver a encontrarla;
o como quien se asoma a una terraza a mirar las estrellas,
cansado del estúpido olor que emana de los escotes y las trompetas con sordina en un baile,
y al contemplar la hermosa lejanía de Las Pléyades,
o la nebulosa de Orión, suspendida como un poco de humo en el aire parado de la noche,
descubre de repente que la marea de astros,

con su inmenso oleaje, con su rumor de eternidad, no deja
—tal la rompiente un grito—
oir las tristes vocecitas, frenéticas de puro desamparo,
del twist, el rock y madison;
así, súbitamente,
cuando menos se espera, como digo, caemos
—un segundo, no más— en un vacío
abisal, profundísimo,
un vacío sin término
como una escalera de caracol que nunca termina de rizar el rizo,
y nos conduce dentro, cada vez más dentro de nosotros mismos,
cada vez más al fondo de nuestro propio asco,
igual que en una pesadilla, una noche cualquiera,
aprendemos de pronto lo que puede ser el interminable descenso a la muerte.
Y es en esos relámpagos que, a veces,
llegamos a tocar la roca viva del absurdo,
la raíz de nuestro continuo preguntarnos qué hacemos aquí, sobre la Tierra,
esperando no se sabe qué luz inevitable;
venidos de la Nada; caídos en el tiempo; flotando en medio de los siglos como un fruto en el agua;
asombrados, absortos de estar vivos inexplicablemente;
sumergidos sin saber cómo en un mundo de sueño;
buscando una razón que explique, por ejemplo, la existencia
de los espejos, la purpurina oro, los vestidos de noche, los tacones, los guantes,

las puntas de un pañuelo de bolsillo,
o los saxofones tejiendo por la pista de baile su tela melancólica
donde el sexo se debate como una mariposita malva.
Y, entonces,
después de haber gritado en el silencio una vez y otra con ira y
con tristeza,
cuando nada responde,
cuando nos sentimos envueltos como por una niebla cárdena sin
contornos ni límites,
mientras el corazón revienta de insaciedad; entonces,
únicamente entonces,
damos por fin contigo, Padre mío, Dios mío,
como esos abejorros, torpemente tenaces,
que rebotan con un sordo rumor en los cristales cuando encuen-
tran la luz!

I

ENCUENTRO

Cristo mío, mi Cristo cotidiano,
mi inesperado, mi llegado Cristo:
diez años braceando entre las sombras,
diez años justos sin volver los ojos
hacia Tu siempre y única presencia.
Yo te había perdido. No es que hubieses
emprendido algún viaje, una de aquellas
caminatas con sol, pitas y olivos
que te llevaban de una parte a otra,

de Siquem a Betania, verbigracia,
sino que te me habías extraviado,
como de niño, cuando lo del Templo.
Diez años justos: los que tiene ahora
mi hijo José María, y, sin embargo,
nunca habías dejado de estar próximo.
Quiero decirlo, proclamarlo a voces,
gritar Tu nombre, confesarte, Cristo,
única realidad que no confunde,
única, fiel, tiernísima certeza.
Ya no soy ningún niño: he conocido
la tristeza que invade a los cuarenta
años; tengo hijos, casa, libros, versos,
mucho vino bebido, mucha pena,
muchos turbios pecados. Por lo mismo,
si digo Cristo mío es porque nada
podrá arrancarme ya de Tu costado;
viviré pegado a él, y, llanto a llanto,
en que si me abres o si no me abres,
horadaré los muros de la Casa,
hijo pródigo, en fin, recién venido.
Es difícil entrar. Ellos, los Tuyos,
Pedro, Santiago, Juan, Tus pescadores,
no tuvieron problema, no lo tienen;
y, aunque hediendo a pescado y con las manos
casi embotadas para la caricia,

—recias de izar las artes, padecidas
de lañar peces y tirar del remo—,
saben que estás de par en par abierto,
porque por ellos fue, por los malditos
de la Tierra, los pobres, los parados,
los perseguidos, los sin esperanza,
por quienes te instalaste entre nosotros.
No importa que blasfemen o te ignoren,
puesto que tienen Tu palabra, Cristo;
no necesitan más que su miseria
para franquear Tu corazón; les basta
con enseñar las Bienaventuranzas
como un salvoconducto ante la puerta.
Pero yo, Cristo mío, con mis manos
yodadas de balandro y excursiones,
con mis corbatas de cuarenta duros,
con mis camisas caras, con mi whisky,
mi automóvil, mi póker, mi bufete,
donde sobre la mesa se amontonan,
bajo una losa de papel de oficio,
nombres de hombre y lágrimas auténticas,
¿qué puedo hacer para que me conozcas?
¿Cómo voy a esperar que mi camello,
cargado de pecados y molicie,
penetre por el ojo de la aguja?
No obstante, aquí me tienes, Cristo mío,

con todo mi cinismo vuelto en llanto.
Te negué por tres veces, por diez, veinte,
setenta veces siete, en estos años,
pero al fin te he encontrado y te me entrego.
No me defiendo: toda mi experiencia
profesional se estrella ante Tu rostro.
No me resisto, ni siquiera intento,
haldeando los vuelos de la toga,
subir, código en mano, a los estrados,
a convencerte de que Tus palabras
admiten otras interpretaciones.
Tú sabes y yo sé que no hay engaño;
los dos sabemos que los poderosos
—dos mil años bañándose en Tu sangre—,
aunque se han repartido hectárea a hectárea
la Tierra y letra a letra el Evangelio,
no se repartirán Tu Reino nunca.
Lo dijiste: está en juego Tu palabra.
Nos rehuyes, nos rechazas, nos aventas,
como trigo maldito, de Tu lado.
¿Qué puedo hacer entonces con mi vida?
¿Qué puedo hacer conmigo? ¿Qué me pides?
Estoy dispuesto, Cristo mío, a todo,
incluso hasta arrancarme de mí mismo,
con tal de no perderte. Estoy dispuesto,
para participar de las migajas,

a deshacer mi vida entre Tus manos,
a disolver mis años en Tu sangre,
a romper con mi nombre para siempre,
a hacerme de los Tuyos como sea.

A S C E N S I O N

A contraluz subías; lentamente
ibas subiendo a contraluz; subías
milímetro a milímetro como una
mazorca de maíz, doradamente,
y Tu corporeidad, al remontarse,
resbalaba su sombra por los rostros
de los que habían ido a despedirte.
Eran los ocho en punto de la tarde,
justo empezando a anochecer. Subías

despacio, retrasando los adioses
últimos; ascendías gota a gota
lo mismo que la savia por la vides,
Porque era triste abandonarlos ahora,
precisamente ahora, en que empezaban
a apagarse las luces de las fábricas
y a oler a humo triste en los suburbios.
Tú hacia lo alto, colgado por los hombros
de la barquilla de Tu globo de oro,
y ellos, allí, en el suelo, los que habían
compartido contigo su tartera.
Eran los mismos, los de siempre. Y tristes:
jornaleros, mineros, pescadores,
peones, emigrantes —los de siempre—,
viendo Tu remontar irremediable.
Los de siempre, los Tuyos, contemplando
Tu aletear arriba y, en la peña,
Tus alpargatas, Tu mahón gastado
de carpintero. Que te ibas, y ellos
se quedaban allí sin comprenderlo,
con miedo, como niños, de la vida.
Y dicen: ¡vuelve!, y sigues; y repiten:
¡vuelve!, y, como una piedra en un estanque,
la tarde, en ondas, por Tu frente abierta,
se cierra sin respuesta para siempre.

DIGO TU NOMBRE

Si. Digo Dios. Y digo, sobre todo,
la Segunda Persona de Su prisma
—tres espejos, tres luces, tres cristales
volcados en sí mismos rayo a rayo—.
Digo Dios, no lo niego, donde dije
en otros tiempos flores y muchachas,
insaciedad, angustia, muerte o pena.
Porque ahora estás conmigo, Cristo mío,
y siento, al fín, el corazón colmado,

siento mi sed de no sé qué aplacada.
Antes, no es que te huyese, te eludía,
evitaba nombrarte, designarte,
hombreando a lo tonto, como un niño.
Y escribí versos, sollozé palabras,
me envolví en sus azules violines,
sílabas, vidrios, rimas de colores,
visos tornasolados y cartones
de amarilla tristeza: en fin, palabras.
(Aunque yo ya sabía que eso no era
más que hablar por hablar; que algo sonaba
en mi voz a metal rajado, a estaño
tañido o a madera golpeada).
Ahora, por el contrario, te pronuncio;
afirmo, sí, Tu nombre una vez y otra;
engarzo su destello entre mis versos,
que ya no me preocupa en absoluto
que digan: ese, y me señalen, porque
lo único que me importa es Tu evidencia,
Cristo mío, verdad insoslayable.
¿Crees que no me atrevo? Ven, observa
por encima de mi hombro, y verás cómo
—tal una estela que señala el paso
de este viento de amor y endecasílabos—
voy poniendo palabras que me hubiesen
llenado de rubor hace unos años:

demonio, tentación, gracia, milagro,
doxología, caridad, apóstol,
abstinencia, carisma, teofanía,
infierno, avemaría, sacramento...
Y, cruzando sobre ellas, por su cielo
de tinta azul, hermoso como un fuego
o un cometa y su hipérbola, Tu nombre;
de Oeste a Este y Norte a Sur, Tu nombre;
de mi frente a mis pies, de una a otra mano,
Tu nombre; de una estrella a otra, Tu nombre;
de Vega a Aldebarán, sólo Tu nombre.
Digo Tu nombre, Cristo: lo tremolo,
lo escribo, lo consigno, Cristo hallado
después de tantos años de esconderme;
te condené al silencio, desde luego,
pero ahora te proclamo a voz en grito!

I S L A

Esto te ofrezco, hermano, en el nombre de Cristo,
quien seas, cerca o lejos, aquí o allá, te sobren
o no razones para odiarme:
una mano tendida,
como una playa, como un dorado litoral que se
anuncia,
leve, en el horizonte:
cuadrada isla, casi perdida en la distancia última
del corazón, allí donde la sangre acaba,

donde el amor comienza.
Desnuda, sin paisajes ni bosques, recorrida
por el rumor alterno
del pulso, como el mar, como el reflujo
del mar innumerable,
y surtida, de pronto, como un atoll, filtrado
de esponjas y corales, ve: mi isla.
Apenas, en los mapas, un punto, un tenue vértice
—casi como el encuentro de dos venas—,
la intersección de sus coordenadas
azules.
Por el Norte,
limita con mi nombre, con mis años,
con mi orfandad cerrada y obstinada,
mi soledad de hombre; por el Sur, la ternura,
una arena suavísima
sobre la que tenderse con el pecho en la tierra,
mientras la sangre fluye y refluye como las mareas;
al Este,
la esperanza y su pájaro de oro,
aleteando siempre como el ápice
de un álamo; al Oeste,
la melancólica certeza de ser todos humanos,
todos carne de muerte, salvada de sí misma
por la Verdad y la Palabra.
Así, envuelta en sus límites,

a tu encuentro, mi isla, su escollera
de amor, cálido hueco,
axila de paloma.

SECUESTRO

Ahí están. No les ven. Cierran los ojos
o se vuelven de espaldas y se ponen
a mirar el paisaje. No. Es inútil.
No quieren verlos, no les ven, no quieren
saber que están ahí, de pie, continuos,
estancados, eternos, esperando
desde hace veinte siglos Tu revancha,
abrasados por dentro, Cristo ascua,
Cristo hambre de pan y de justicia,

Cristo exilio y miseria, Cristo urgencia,
Cristo protesta, Cristo rebeldía.
Es inútil, te digo. Se resisten
a creer que Tú estás allí, con ellos,
de su parte, a su lado, como siempre.
Nosotros te tenemos secuestrado,
pero es lo mismo, porque estás con ellos.
Si, secuestrado, Tú ya sabes quiénes,
los de esta banda, los que no queremos
enterarnos de nada, ni siquiera
de que Tú nunca nos perteneciste.
Dimos el golpe legalmente, claro,
con las manos lavadas,
atándote con toda cortesía,
amordazando Tu verdad a gritos,
que no se oyese Tu palabra en nuestra
cueva de mercaderes de Tu nombre,
aunque, para que no fallase el número,
nos cubrimos primero las espaldas
de conceptos, palabras y sorites:
una cortina de humo de palabras,
tales como hermenéutica y escolio,
para esconder al Cristo carpintero
y reemplazarle —respetable público—,
por un Cristo plutócrata, emergido
—rasurado y feliz— de una chistera;

pero jamás, en todos estos siglos
en que te hemos guardado y ocultado,
hemos logrado una sonrisa Tuya,
jamás un solo gesto.
Y es que eres hombre de ellos, de su casta,
los quemados por dentro, los que llevan
un carbón encendido en la mirada
y una cólera antigua entre los dientes:
su casta, no la nuestra, y, por lo mismo,
no puedes conchabarte con nosotros.
Y así, te buscan sin saberlo; tienen
hambre de Tí, del Cristo
que les hemos robado, Cristo suyo,
arrebatando su única esperanza.
Por eso estás allí, no entre nosotros,
que volvemos los ojos y la espalda
para no saber nada, y aún seguimos
negociando en Tu nombre
dolor, miseria, olvido, indiferencia.
Te hemos tenido oculto entre algodones
para no oir Tu voz que nos hería,
para escribir impunemente donde
ponía pan, realquilado, hambre,
emigrante, salario, andamio o barca,
horno de fundición, chabola o cárcel,
accidente, hijos, falta de trabajo...

sexo, martini, boite, burocracia,
mercado, producción, sangre y valores.
Suyo, no nuestro, Cristo hambriento, Cristo
de los desheredados;
Cristo siempre en la brecha; Cristo pobre,
Cristo verdad interrogable, Cristo
amor, entrega, bienaventuranza.
(Y si hago demagogia, democristo,
es porque ya no entiendo otro lenguaje.)

11

A M A O S

Se cruzan, nos cruzamos
por las aceras: hombres
grises, que pasan; hombres,
y trajes, y corbatas;
hombres que nuncan vuelven
los ojos, que caminan
obstinados, como islas
de soledad y olvido.
¿Dónde el amor? ¿Qué se hizo

(van y vienen, tropiezan,
se adelantan, se cruzan)
de Tu palabra: amaos
los unos a los otros?
(Desterrados, distantes,
pasan, se encuentran, siguen:
sombras entre la niebla)
Pero dices, repites:
amaos. Nadie oye.
(Hostiles, sin sonrisa,
esperanza ni rostro)
Amaos. (Hombres grises,
solitarios, perdidos
en su propio secreto)
¿Y el amor, Cristo mío?
¿Dónde, dónde, en qué tierra,
en qué sorda pizarra,
sobre qué pedregales
fué a caer su simiente?
(Pasan, pero no miran;
se cruzan; mueren solos
sin haberse mirado)
Amaos. (Por las calles,
ropa con ropa, casi
mirada con mirada:
tan cercanos, tan próximos,

y, en el fondo, qué lejos
entre sí, qué remotos)
Y Tú, otra vez: amaos.
(Apresurados, ciegos,
avanzan, pasan, huyen,
se alejan para siempre,
sin haber pronunciado
jamás hermano o prójimo)
Y Tú insistes: amaos.
Nos dejas, nos concedes
esa última esperanza.

HA MUERTO UN HOMBRE

Ahora, en algún sitio,
mientras voy escribiendo estos versos que en realidad podrían ser
un llanto por alguien,
precisamente ahora
hay un hombre que acaba de morir; no pregunto quién era
porque es más que probable que se trate
de un hombre sin historia, uno de tantos
como cruzan el río
sin haber revelado su secreto,

con los labios sellados
y el rostro vuelto a la pared: sencillamente, digo
que ahora, en algún sitio, ha muerto un hombre.
Es sólo una noticia.

Un hombre, en cualquier parte: tal vez en esta calle;
quizá, por el contrario,
lejos, muy lejos, en el Vietnam o el Gólgota, quién sabe;
pero el caso es que ha muerto hace un momento
y que ya, desde ahora,
nadie puede sentirse seguro por completo de estar libre de culpa,
proclamar su inocencia
sabiendo a ciencia cierta que no ha tomado parte en esa muerte,
ni volver a tender las palmas de sus manos
sin miedo a que la luz revele sobre ellas la sombra de algún crimen
cometido a distancia.

TU RASTRO

Tu rastro está ahí: podemos
seguirle, recorrerle
como un largo reguero de sangre goteada;
andarle paso a paso,
caminar detrás de él hasta el barrio de Harlem, verbigracia,
o ir, huella sobre huella, a parar a las tristes esquinas de Pigalle.
Que Tu rastro nos lleva
por todas las aceras, por todas las ciudades por donde Tú has
pasado,

por todos los calvarios
donde cada mañana, con las primeras luces,
se descubre colgado de una cruz algún nuevo cadáver insepulto
que, sin embargo, ha de seguir viviendo;
nos lleva hasta unos hombres que mueren cada día
—una vez cada día—
sin llegar a saber lo que es oir hermano
ni haber probado nunca la miel de la esperanza.
Tu sangre, por las calles, caída trecho a trecho, atravesando
como una senda el mundo,
cruzando por el medio arrabales y fábricas,
salpicando portales
sin placa,
callejones sin luz,
tumbas sin lápida,
coches celulares, sirenas
de ambulancia,
pozos de mina, muelles, sacos
terreros y alambradas,
nos guía, nos conduce
al lado de unos hombres sin nombre ni apellidos
que van agonizando minuto tras minuto cuarenta o cincuenta años,
sin sospechar siquiera
que Tú estabas con ellos, que eras de ellos,
que ibas por la calle como ellos con la ropa gastada y el alma desteñida,

y entrabas en montón, junto a ellos, al taller o la cárcel,
o, como ellos, aburrido de todo,
un buen día te dejabas morir de una vez sin volver la mirada
ni cambiar de postura.

III

SALUTACION

Eva, primera mortal.
(Charles Péguy)

Pero tú
primera
inmortal:
María,
hija de Ana,
mujer del pueblo,
María Pérez,
o María Rodríguez,
o señora María

—su ropa de muchacha
guardada en el arcón
entre membrillos—;
sin reloj,
envejeciendo
día tras día, fuera
del tiempo, al margen
del tiempo
—la colada,
la costura,
el anafe—,
pero con las entrañas
palpitando aún del parto
que te aferra a nosotros
con raíces
de sangre,
como un hermoso río
nacido
de tí misma,
que te inunda,
recorre;
que se te ramifica
en afluentes de gozo
y llega hasta tus sienes,
donde late en venillas
azules,

delicadas
como los filamentos
de una lámpara eléctrica;
María Pérez,
Rodríguez,
Sánchez,
María
cualquiera,
primera inmortal:
yo te saludo,
mujer del pueblo,
anciana
—mi madre,
por ejemplo—,
reina de los zaguanes
en su sillita
baja,
contando a las vecinas
una vez y otra
—siempre
con las mismas
palabras—,
la historia
de su Hijo,
como mi madre
cuenta

mis pequeñas
hazañas
desde niño
hasta hoy;
hablando a las vecinas
del ángel
y la estrella,
hablando
de tu Hijo,
sin comprender el puro
milagro de su vida;
hablando
del recuerdo
de Nazaret,
ya con un melancólico
moho, de tan antiguo,
pero ungido aún de aroma
a resina y madera,
resonando a garlopa,
mullido de virutas;
hablando de los años
que pasaste esperando
la vuelta
del muchacho,
mientras Él recorría
con un grupo de amigos

caseríos y aldeas,
anunciando
la venida
del Reino,
con palabras
que nunca
—mujeruca de pueblo—
llegaste a comprender;
perdida
por la casa
con tus mechones
grises,
esperando
su vuelta,
viuda,
enlutada,
sola;
perdiendo horquillas,
años,
por la casa; cuidando
las macetas,
la ropa,
los vasares,
tu pena;
contando la mañana
del triunfo

a las vecinas,
cuando creíste que eras
madre de un rey; contando
la Cruz, la muerte, el grito
final; contando el día,
después de amortajarlo
con perfumes
y besos,
en que ya lo perdiste
definitivamente,
vieja,
muy vieja,
con tu velo,
tus medias,
tus zapatillas
negras,
tus manos
con frieras y grietas
sentada,
acurrucada
sobre la misma
lápida,
preguntando a la gente,
plañiendo,
preguntando,
dónde estaba su cuerpo,

sin querer separarte
del sepulcro
vacío,
cubriéndolo de velas
y crisantemos, sola,
desamparada,
huérfana.
Así,
María,
mujer del pueblo,
María Pérez,
o Rodríguez,
o Sánchez,
te siento yo más próxima,
más a mi alcance, y puedo
besarte en las mejillas,
y hasta subirte en alto,
cogida por el talle,
y llamarte mi vieja,
como a mi propia
madre.

IV

CADA COSA EN SU SITIO

Porque así estaba escrito y Cristo murió joven,
hoy llora en algún sitio una viuda reciente,
y es incluso posible que en este mismo instante
a alguien le haya llegado una orden de desahucio.

Y también que un minero no vuelva hoy a su casa
porque le entierre un árbol de hace un millón de años,
y que haya un niño triste que no juegue a las bolas
porque ayer se le ha muerto el Angel de la Guarda.

Sencillamente ocurren cosas así a diario:
que las lágrimas suban de precio en el mercado,
que se subaste un ojo de cristal en el Monte
o se pose algún pájaro en la Ley de Alquileres.

Mientras todo esté en orden, si alguien viste de luto
no se caerán por ello los calendarios nuevos,
y sólo si un cuchillo suscita su relámpago
hablarán los periódicos de lo que hoy ha ocurrido.

A LAS 6,35

Diariamente ocurre que a las 6,35
de la mañana, a punto de salir los periódicos,
se paran los relojes de todas las ciudades
y llueven en las tejas los luceros más tiernos.

Es en esos momentos cuando brilla un cuchillo
y despiertan gritando los jueces en la cama,
y cuando las rameras se lavan con arena
el último pecado que aún llevan en los pechos.

Diariamente ocurre que, a las 6,35,
hay un hombre que sale del portal de su casa
a rasgar, con el rabo de su boina, las sombras,
rojas del turbio vino de la última noche.

Sucede cada día que, a las 6,35,
un hombre sin paraguas que lleva una tartera,
ve cómo le flagelan airadamente el rostro
los carteles rasgados de todas las esquinas.

Y todas las mañanas a las 6,35,
las aceras, regadas por faroles tristísimos,
despiertan puntualmente bajo unas alpargatas
que pisan en silencio como el papel secante.

Ocurre justamente que, a las 6,35,
pasa un hombre llevando diez mil años encima,
que, para no perderse camino de la fábrica,
se orienta por la sombra de su misma tristeza.

Sucede cada día que, a las 6,35,
un hombre en alpargatas franquea la mañana:
no es fácil conocerle porque no tiene rostro,
ni sabremos su nombre probablemente nunca.

Pero, precisamente a las 6,35,
mientras hombres sin rostro van hacia sus talleres,
Cristo sale a la calle con su boina de obrero
y marcha, como ellos, a su carpintería.

HOMBRE DE NEGOCIOS

Sólo quienes disponen de un alma inarrugable,
de una pechera blanca sin mancha de pecado,
oyen zumbar las alas del lazo del smoking
y creen que es su Angel de la Guarda, que vuela.

Sólo cuando uno lleva intacta la pechera,
llega a saber que el alma es de almidón planchado
y no hay error posible entre el llanto de un niño
y las perlas auténticas de la botonadura.

Unicamente aquéllos que escriben a diario
los muertos en la lista de las cotizaciones,
si alguna vez aplican su oído en el asfalto,
confunden el petróleo con el rumor del pulso.

Sólo quienes son dueños de un fémur de platino
e ignoran cómo huelen las gentes hacinadas,
pueden no oir el llanto de una mujer en parto
y creer que el odorono florece en la axilas.

Sólo el que pone en limpio al tiempo de morirse
los acuerdos tomados en junta de accionistas,
sabe que, en ocasiones, hay pánico en la Bolsa
porque bajó ocho enteros la carne de presidio.

Sólo quien inaugura el humo de una fábrica,
no ignora que hay un ángel que vela por los pobres,
y que cuando se rezan cuarenta avemarías
el alma de un obrero va derechita al cielo.

Sólo quienes registran solares en la Luna
piensan que en los suburbios hay guardias por la noche
y que si en los roperos se reparten bufandas
puede uno irse a la cama con la conciencia limpia.

Sólo quien se cree dueño del trust de las novenas
imagina que Cristo se compra con dinero,
como si cada gota de Su sangre pudiese
rescatarse con cirios, rosarios y medallas.

LAS COSAS ESTAN BIEN

El pan no sabe a tierra braceada con las manos
ni el filo de la pala se imprime en la corteza
ni está escrita debajo la esquela mortuoria
de un segador gallego que no volvió a su casa.

Porque sólo en los roscos de Reyes hay sorpresas,
y uno no va a encontrarse en el pan de 1,15
los dedos que las hoces siegan con las espigas
ni el sol que haya aplastado las testas de los bueyes.

Las manos huelen siempre al mango de la azada
y la reja rastrea el corazón del mundo,
sin que por eso haya de ser negra la harina
ni deba el pan abrírsenos como un pecho de enfermo.

Porque a nadie le importa que se hunda una traíña
cuando los pescadores tienen su Angel Custodio,
ni que los albañiles caigan de los andamios
mientras el Juez de guardia pueda seguir despierto.

Porque a nadie le importa que Cristo siga vivo,
si viste todavía su buzo de artesano,
ya que hay gente que cree que el Evangelio es suyo
puesto que lo ha comprado a golpe de divisa.

ELLOS

Estáis solos, sabedlo. Cristo y vosotros: solos,
desahuciados, lejanos, exiliados, huídos,
hombres de un mundo-niebla sin luz ni saxofones
donde sólo florecen la albahaca y la tristeza.

Hombres que cada día, selváticos y antiguos,
se llevan a mordiscos su rebojo de vida,
mientras oyen, en sueños, caer sobre el tejado,
lloviendo mansamente, las Bienaventuranzas.

De una parte vosotros y de la otra los poetas,
dándosenos en versos de cansada retórica,
para que comulguemos sus falsas primaveras,
sus muchachas desnudas y sus parques burgueses.

Que, aunque otra cosa digan, ellos no te conocen,
ni te han mirado nunca, ni han dormido a tu lado,
ni saben cómo hueles, de qué forma masticas,
de qué maneras bebes el vino en las tabernas.

Mienten cuando te dicen que te han visto una tarde,
al salir de la fábrica con las manos de grasa;
mienten desde sus mesas de mármol, asomados
a una calle tranquila con guardias y autobuses.

Y si hablan de tí, a veces, desde su mundo aséptico,
no dejas de sentirte por eso menos solo,
porque ellos no comprenden que a los realquilados
les importe un pepino saber quién es Neruda.

Que si hay una esperanza, no ha de ser un poema,
no un violín meciendo tu insaciedad de siglos;
¡qué importan unas rimas bien ensambladas cuando
te vuelven las espaldas como si no existieses!

FINAL

TU GRITO

Desde la Cruz, en alto, con un grito, diste cara a la muerte
(un solo grito, que sepamos, a lo largo de Tu vida mortal;
una gran voz, registrada con asombro por los Evangelistas,
que acaso nunca llegaron a comprender cómo un hombre
a quien momentos antes habían visto morder con ansia el último
resuello,
un cuerpo agonizante,
a punto casi de soltar amarras,
casi en la orilla, casi en la frontera,

pudiese todavía blandir como una espada su clamor victorioso):
Tu grito, proyectado
hacia los cuatro puntos cardinales,
para dar testimonio de Tí mismo,
para que nadie se llamase a engaño
y fuesen a creer que Tu verdad hiriente iba a morir contigo clavada
y desangrada.
Ya nunca volverá a haber silencio sobre la Tierra, nunca
paz, que ese grito Tuyo
resuena desde entonces, ensordece desde entonces el mundo,
traspasando como un acero al rojo las edades, los siglos.

Es inútil. Lo oímos,
seguimos escuchándole;
inútil resistirse,
taparse las orejas con cera,
atronar las ciudades con sirenas de fábrica, bocinas, altavoces y
guitarras eléctricas,
esconder la cabeza debajo de la manta,
o caer, como en un tobogán, hasta el fondo de un vaso de ginebra.
Huid de ese obstinado grito que irremediablemente nos acosa;
lo mismo da: ya nadie, haga lo que haga,
podrá dejar de oirle,
nadie encontrar la paz, dormir tranquilamente,
podar rosales o pintar de verde las ventanas de su chalet de veraneo,
pasar los fines de semana esquiando en la Sierra
o calcular los intereses de su cuenta corriente.

Porque Tu grito está ahí, incólume, clavado
en medio de la Tierra,
hiriendo, flagelando:
Tu poderoso grito que nos despierta a altas horas de la noche con
el corazón oprimido
y nos obliga a levantar las palmas y mirar con horror nuestras
manos vacías,
a contemplar con horror ante el espejo nuestros ojos
donde todavía no ha brillado una sola vez el amor.

INDICE

Prólogo 9

I

Encuentro 17
Ascención 23
Digo Tu nombre 25
Isla 29
Secuestro 33

II

Amaos 39
Ha muerto un hombre 43
Tu rostro 45

III

Salutación 51

IV

Cada cosa en su sitio 61
A las 6,35 63
Hombre de negocios 67
Las cosas están bien 71
Ellos 73

FINAL

Tu grito 77

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA DE CEUTA

Dirigido por ANTONIO ARÓSTEGUI

LIBROS EDITADOS:

Colección Aula Magna

1.—**M. Alvar:** Unidad y evolución en la lírica de Unamuno.
2.—**A. Aróstegui:** El espacio en la Física tomista y en la Física actual.
3.—**J. Fradejas:** Estudios Epicos: El Cid.
4.—**F. Egea Abelenda:** El ser de «mi mismo».
5.—**J. Fradejas:** Estudios Epicos: El cerco de Zamora.
6.—**Ramón Solís:** Genesis de una Novela Histórica.

Colección Textos

por A. Aróstegui:

1.—La persona. Estudio filosófico
2.—La persona. Estudio social y religioso.
3.—Historia de la Filosofía y de las Ciencias.
4.—Antología del pensamiento filosófico y científico.
5.—Doctrina social católica.
6.—La Ley de la Libertad. Mensaje Social Cristiano.

Colección Pliego de Poemas

1.—**M. Alonso Alcalde:** Ceuta del Mar.
2.—**Góngora:** El Polifemo.
3.—**López Anglada:** Sonetos a Ceuta.
4.—**Carlos Fernández Shaw:** Dos Poemas Proféticos.
5.—**M. Alonso Alcalde:** Encuentro.

Colección Ceuta

1.—**J. Fradejas Lebrero:** Ceuta en la Literatura.
2.—**C. Posac Mon:** Estudio Arqueológico de Ceuta.
3.—**David Schiriqui:** Ceuta antigua y moderna.
4.—**Leopoldo Caballero:** Ceuta en el Recuerdo.

Colección Los Pliegos de Arte
por A. Aróstegui

1.—La pintura de Kilis.
2.—La obra artística de Elena Alvarez Laveron.
3.—Oleos, acuarelas y dibujos de Marina Lorente.
4.—Panorama actual de la Pintura granadina.

Colección Pregón

1.—**S. García de Pruneda**: Sémana Santa 1963.
2.—**Luis López Anglada**: Semana Santa 1964.

Colección Estudiantil

1.—**José Antonio Aparicio**: Un Lugar para los Muertos

ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA MODERNA (VELARDE, 9), DE CEUTA. EL DIA 5 DE AGOSTO DE 1965 FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE AFRICA, PATRONA DE CEUTA, FUE COMPUESTA A MANO POR JOSE BENITEZ GARCIA, Y TIRADA POR EL MAQUINISTA, DIEGO MURO HEREDIA

INER
ALBA